

Ciencia

SOLS Y EL METODO CIENTIFICO

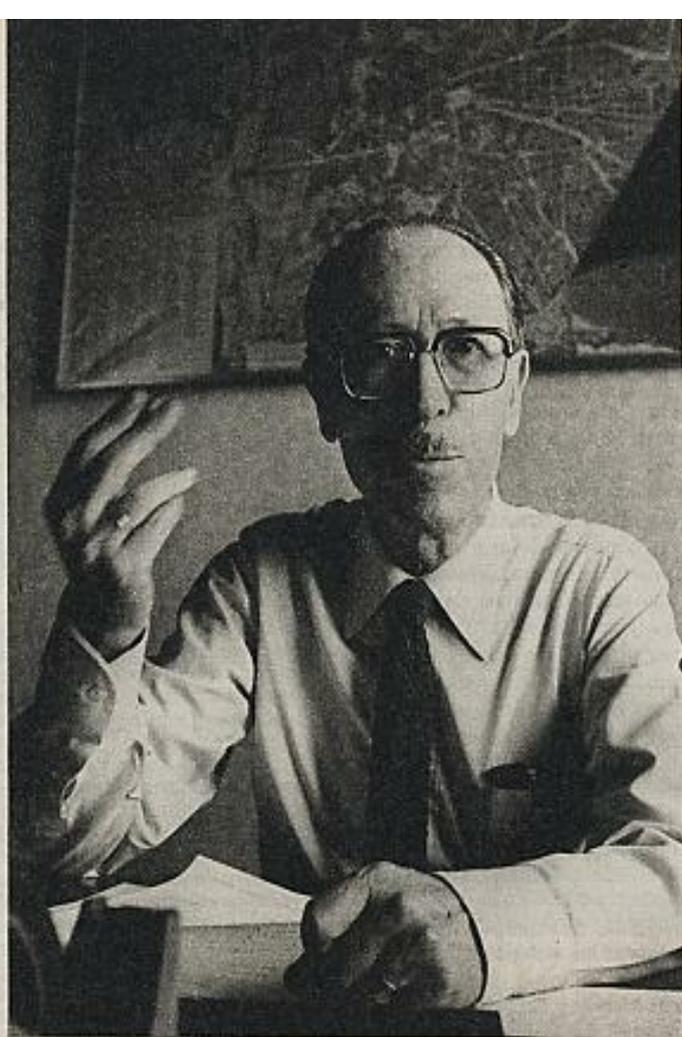
FELIPE MELLIZO

LOS inocentes no terminarán nunca de equivocarse: las llamadas "escalas de valores" no las fijan los mejores. Un ciclo de lecciones del profesor Alberto Sols en torno al método científico en las ciencias biomédicas será siempre, donde va a parar, mucho menos gracioso que un buen piernamen y así tiene que ser, además, para que el mundo funcione como es debido y reduzca sus apetencias de inmortalidad a un límite tolerable. Otra cosa sería una impertinencia.

Pero Alberto Sols ha dictado un ciclo de lecciones sobre el método científico en las ciencias biomédicas y la verdad es que no ha estado mal. Este hombre nació en Sax, en la provincia de Alicante, en 1917. Es catedrático de Bioquímica en la Universidad Autónoma de Madrid y dirige el Instituto de Enzimología desde hace muchos años. En una de las lecciones que comentamos, y como ilustración de sus ideas, Sols ha dado algún detalle más acerca de su vida profesional. Trabajó en los Estados Unidos junto al ilustre Carl Cori, tratando de perfeccionar el más viejo y grave de sus intentos científicos: describir detalladamente el metabolismo de los azúcares. Su tesis doctoral en 1945-46 fue un primer paso en su larga aventura, que tuvo un instante de oro en 1954-55, cuando consiguió probar, en Madrid, que la absorción activa de azúcares en el intestino no implica su fosforilación. Más tarde, en colaboración con la doctora De la Fuente, identificó las vías metabólicas seguidas en la utilización de disacáridos por levaduras y, casi hace unos días, consiguió un método incruento para determinar, en vivo, la tasa intestinal. En este último trabajo colaboraron con Sols de una manera decisiva el doctor Martín-Lomas y la doctora Martínez Pardo.

Todas estas cosas, inevitablemente, tienen que ser dichas en ese lenguaje críptico, hasta cierto punto "alienante", porque a nadie se le ha ocurrido hasta ahora que deberíamos haber

aprendido algo más en la escuela para poder entender, de mayorcitos, el lenguaje de la ciencia. Sólo si se es diabético, por ejemplo, adquiere importancia el hecho de que Sols y sus colaboradores descubrieran en 1963 la glucocinasa del hígado insulín-dependiente. Para casi todos los demás, resulta más tentador aprender chino de andar por casa o, todo lo más, cheli. Nuestra ignorancia del lenguaje de la ciencia roza los límites de lo glorioso. Hace no más de unas horas, en Nueva York, Pedro Lain Entralgo ha vuelto a verter lágrimas sobre el cadáver de la ciencia española. ¿Cómo —se pregunta Lain— inculcar el interés por la ciencia? Pues seguramente hay un camino, tan raramente usado por los españoles, que se ha llenado de grama al paso del tiempo; nos es imposible entender qué ha hecho Sols y nos es imposible comprender que eso que hace Sols y otros como Sols nos atañe, por lo menos, tanto como los ciscos de Kubala, de Jomeini, de los cafés-teatro y de las letras de cambio. Pero NO porque vayamos a sacar de cada laboratorio una patente y, a renglón seguido, una pasta, sino porque la ciencia es la única manera de integrar al hombre con su historia y con la historia de los otros y de las cosas: nada menos que el más riguroso acto



Alberto Sols.

de rebeldía posible, que es la búsqueda de la verdad.

Pero Sols habló del método científico. Nos sigue resultando extranjero, pero es viejo. Hace bastante tiempo, unos individuos que se llamaban, por ejemplo, y entre otros, Empédocles de Agrigento o Alcmeón de Crotona, se empeñaron en desestimar los sueños cuando se trataba de buscar la verdad: ningún destino está escrito, todo debe ser probado.

Cuándo, pasados los siglos, Claude Bernard puso en orden esas ideas, nació la ciencia contemporánea, que consiste en concebir, comprobar y proclamar. Lo que ha hecho Sols estos días, en su aula de la Fundación March, es ofrecernos un guión para que sepamos utilizar esos instrumentos, la imaginación y la voluntad. Vamos a ver si, en cuanto termine el último referéndum, nos ponemos a ello. ■

LETRAS Y COMPUTADORAS

PUDO haber sido interesante y se quedó chato. En el ámbito del SIMO (siglas que reducen con perfección japonesa la terrible fórmula de Feria de Muestras Monográfica Internacional del Equipo de Oficina y de la Informática, bendito sea Dios) se han celebrado un par de mesas redondas sobre el cine, la literatura de ficción y la "telemática". Una joya así, en manos de Aldous Huxley, por ejemplo, o de Rafael Sánchez Ferlosio, para no ir tan lejos, habría sido bien pulida. Quedó

mortecina en los labios de don Vintila Horia, Pascual Cebollada, Juan José Plans, Antonio Villanueva, Francisco Ortiz Chapparo y Francisco Guíjarro, este último director de Fundesco, que fue la entidad inventora del asunto.

Dijo, por ejemplo, el señor Horia, que la ruptura entre "poesía y creación", por un lado, y "técnica", por otro, se produjo en el momento en que todo acto creador del ser humano "se salió de la protección de lo espiritual". Impetuosa afirmación beatífica que nadie discutió. Probable-

mente, cuando el señor Horia dice "espiritual" se refiere a una cosa muy distinta a la que nos referimos nosotros con la misma palabra. Ningún "acto creador" está desvinculado del espíritu, porque se crea con el espíritu mismo. Se crea con la libertad, a ver si nos entendemos, y no bajo la sombrilla del dogma. Y tanto se crea cuando se escribe un soneto (casi todos los cuales son malos) como cuando se proyecta una nave espacial (casi todas las cuales son buenas). Lo "moral", que tanto parece preocuparle al